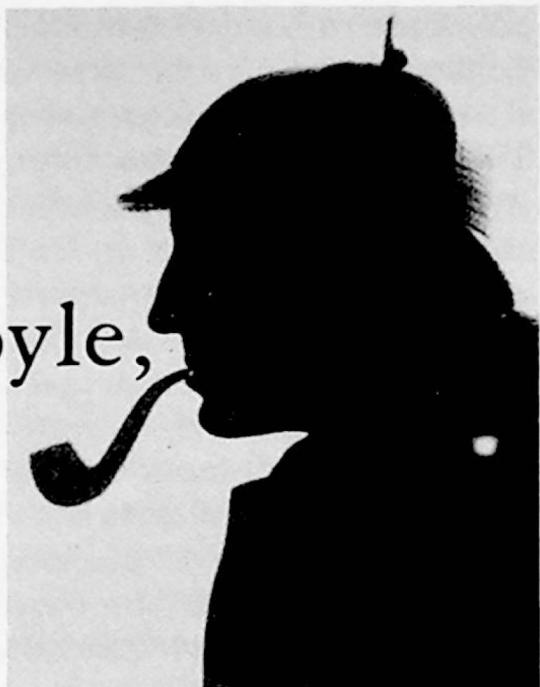


# Arthur Conan Doyle, creador de la novela policial



HAMISH STEWART\*

No se imaginaría Arthur Conan Doyle, un joven y poco afortunado médico residente en Southsea del condado de Hampshire, quien trataba de incrementar sus escasos recursos con escritos fantásticos, al completar en 1886 la novela corta *Un Estudio en Escarlata*, que había creado dos de los personajes inmortales de la ficción: Sherlock Holmes y el Doctor Watson. Tampoco Ward, Lock y Cía. se dieron cuenta de esto cuando, después de que varias otras editoriales habían rechazado el manuscrito, le ofrecieron a Conan Doyle la suma de 25 libras esterlinas por los derechos de autor con el comentario de "que no podrían publicarlo este mismo año por cuanto el mercado está inundado por ficción barata". La situación económica de Doyle le obligó a aceptar esta mísera oferta y el cuento apareció finalmente en *Beeton's Christmas Annual* en 1887. Causó poca atención aunque fue reimpresso en cada uno de los años siguientes.

En los Estados Unidos el editor de *Lippincott's Magazine* lo encontró suficientemente interesante y decidió publicar en su revista la segunda novela de Holmes, *El Signo de los Cuatro*. Más tarde, en ese mismo año, fue

\*HAMISH STEWART. Profesor de Historia y Cultura Angloamericana, en el Departamento de Idiomas Extranjeros de la Universidad de Concepción. Magíster en Historia Internacional, en la London School of Economics, Inglaterra.

publicado en Londres como *El Signo de Cuatro* que era el título preferido por Conan Doyle, pero no tuvo éxito. Pasó al olvido recibiendo apenas más atención de los críticos que la proporcionada a *Un Estudio en Escarlata*. Transcurrieron dos años antes de que se publicara una segunda edición. Aunque Sherlock Holmes triunfó como personaje desde el primer momento en que lo encontramos en *Un Estudio en Escarlata*, es fácil comprender por qué estas dos novelas captaron tan poca atención. Ninguna está bien concebida. Su defecto principal es que ambas contienen trozos extensos en que se suspende la investigación y no aparece Holmes. En *Un Estudio en Escarlata*, después del arresto del asesino en la mitad del libro, somos transportados súbitamente a Utah para una aventura histórica que nos da la clave del crimen. En *El Signo de Cuatro* el relato de un tesoro en la India ocupa una gran parte de lo que después de todo es una novela corta. La falla principal en los dos libros es que sus temas se prestan más para cuentos cortos de mayor efectividad si fueran condensados. Sólo en *El Mastín de los Baskerville* pudo escribir Conan Doyle una novela sobre Sherlock Holmes que realmente funcionaba. Es el único relato, sea largo o corto, en que la trama domina a Holmes en vez de lo contrario. Lo que atrae nuestra atención no es tanto la investigación sino el ambiente de terror que con tanta habilidad evoca Conan Doyle; lo que cautiva al lector no es el detective victoriano sino el romance gótico.

Al llegar a diciembre de 1891, Conan Doyle había descubierto que el cuento corto era la figura literaria natural para Holmes y la situación había cambiado totalmente. Tanto Sherlock Holmes como su creador ya tenían fama mundial. La causa de esto fue la publicación en *The Strand Magazine* de una serie completamente nueva de seis cuentos cortos de Sherlock Holmes. *The Strand Magazine*, siguiendo el patrón de revistas norteamericanas de mucho acierto tales como *Harper's* y *Scribner's*, con una imagen en cada página y un surtido de cuentos emocionantes y buenos, apareció por primera vez en enero de 1891 con una venta de 300.000 ejemplares. En julio apareció el primer cuento corto de Holmes con el título *Un Escándalo en Bohemia* y, al completarse la primera serie de seis cuentos, la circulación de la revista había alcanzado los 500.000, quedando en ese nivel por muchos años. Cuando le pidieron una segunda serie de seis, Conan Doyle aumentó su precio de 30 a 50 guineas por cuento y él fue el único asombrado cuando la revista lo aceptó sin titubeos.

Tan pronto como empezaron a aparecer estos cuentos los editores, lectores y escritores comprendieron que el cuento de detectives había encontrado su lugar natural en la literatura popular. En la primera era de oro de la ficción policiaca (1891-1920) fue concebido fundamentalmente como

un relato corto. No permitía ni demandaba mucho en lo referente a personajes y caracteres, pero daba rienda suelta a la imaginación. Se tendría un crimen, un problema y una solución lograda a través de la pericia del detective, todo lo cual se desarrollaría en no más de cinco mil palabras. En poco tiempo Sherlock Holmes tuvo muchos rivales, pero al reflexionar hoy día sobre los ingeniosos y hábiles cuentos cortos escritos durante los primeros treinta años por autores tales como Chesterton, Futrelle, Freeman y Orczy, es evidente que los mejores cuentos sobre Sherlock Holmes aventajan a todos.

Tan potente llegó a ser el mito de Sherlock Holmes que casi apabulló a Conan Doyle. Muchos creadores de detectives famosos se habrían deshecho de ellos dándoles muerte si esto hubiera sido posible económicamente. Conan Doyle quizás fue el primero que tuvo que afrontar este dilema. Ya en 1891, al concluir los primeros doce cuentos, había considerado seriamente matar a Holmes y desistió de hacerlo solamente debido a presiones familiares. Sin embargo, el 6 de abril de 1893 escribió a su madre: "Todo va bien por aquí. Estoy en medio del último cuento de Holmes, después del cual desaparece el caballero, ¡para nunca más volver! Estoy hastiado de su nombre". De modo que al final de esta segunda colección hace que Holmes y Moriarty se hundan en las Cataratas de Reichenbach, lo cual le produjo un gran alivio. Como expresó en una carta dirigida a un amigo: "He tenido una dosis excesiva de él hasta tal grado que siento hacia él lo mismo que siento hacia el *pâté de foie gras* que en una ocasión consumí tanto, que hasta hoy día el sólo mencionarlo me produce náuseas".

Pero no es tan fácil matar a un mito. Conan Doyle recibió centenares de cartas en que o le imploraban hacer volver a Holmes o le atacaban por ser su asesino. En muchas ciudades de los Estados Unidos se formaron Clubes 'Mantengamos vivo a Holmes', mientras que en Gran Bretaña hombres y mujeres frecuentemente le paraban en la calle para preguntarle cómo pudo hacerlo y rogándole que cambiase de parecer. Estas presiones morales fueron reforzadas por ofertas de revistas de lo que en esos tiempos eran sumas enormes de dinero por una nueva colección de cuentos cortos. En 1902, después de una ausencia de ocho años, reapareció Holmes en lo que se dijo era una novela anterior a Reichenbach. El *Mastín de los Baskerville*, y en octubre de 1903 el primer cuento de una serie nueva, *La Casa Vacía*, que narra la salvación de Holmes de su zambullida en las Cataratas de Reichenbach; aparece simultáneamente en el *Strand* de Gran Bretaña y *Colliers* en América. La tarjeta postal de Doyle a su agente, que simplemente decía "Muy bien. ACD", significaba que había sucumbido ante el aliciente de una oferta de 5.000 dólares de América y 500 libras esterlinas del *Strand* por mil

palabras. Según testigos, las escenas que se produjeron alrededor de los puestos de libros el día de la publicación eran peor de lo que habían visto en cualquier liquidación comercial conocida y el mismo Conan Doyle observó que todas las personas que veía parecían tener en su poder un ejemplar del *Strand*.

Desde ese momento Conan Doyle no trató más de abandonar a Holmes. Lo enfocaba con un espíritu de cinismo tranquilo, que después casi nunca variaría. Si esto es lo que quieren los lectores, parecía decirse a sí mismo, de aquí en adelante les daré obras bien ejecutadas y aceptaré cuanto dinero estén dispuestos a pagarme los editores lunáticos, pero continuamente se preguntaba cuál era la fascinación de Holmes que él nunca podía comprender. A veces esta actitud nueva se convertía en resentimiento por la importancia que se atribuía a las hazañas del detective. El arribo de un paquete de camisas, cuando recibió su título de caballero, dirigido a Sir Sherlock Holmes, le enfureció. Además, en un plano más serio, cuando, uno o dos años antes de su muerte, estaba dando una charla sobre el espiritismo en Amsterdam, se le rogó que dijera unas cuantas palabras preliminares sobre Sherlock Holmes, su reacción fue de cólera y consternación.

Este mito sigue todavía con fuerza. La Compañía de Seguros Abbey, cuya sede en calle Baker N° 221 ocupa el lugar de las habitaciones de Holmes, tienen un secretario asignado a tiempo completo para contestar las cartas dirigidas al Sr. Sherlock Holmes en que le piden resolver problemas tanto criminales como emocionales. La respuesta normal del secretario es que el Sr. Holmes se ha retirado a una granja pequeña en la costa de Sussex donde se dedica de lleno a la filosofía y la apicultura. Uno de los paseos peatonales más populares de Londres con el nombre de *El Londres de Sherlock Holmes*, comienza con una romería a Baker Street. Entonces los participantes, al anochecer, son conducidos por un guía vestido como Holmes en una gira por todos esos lugares de Londres asociados con el detective. Sólo el paseo peatonal de Whitechapel denominado El Londres de Jack el Destripador iguala en popularidad al de Holmes. Existe en Londres una taberna de Sherlock Holmes donde uno puede inspeccionar en el bar artículos que figuraban en sus casos y en el piso de arriba cenar con platos típicos de su época, mientras se mira una reproducción exacta del cuarto de estar en Baker Street. Hay sociedades de Sherlock Holmes en casi todos los países del mundo, excepto en los controlados por los comunistas; y hay revistas, reuniones, comidas y visitas a las Cataratas de Reichenbach.

Lo que quizás es más significativo de esta fascinación es la enorme producción literaria asociada todavía con Holmes. Hay artículos cuasi-



*Sir Arthur Conan Doyle*  
Fotografía de 1916



*Basil Rathbone, el más famoso intérprete de  
Sherlock Holmes*



Así se conserva la sala de estar de Sherlock Holmes, en Baker Street, Londres, tal como la describe Conan Doyle en sus libros. Es un museo reconstruido en 1951 y aún es muy visitado por turistas de todo el mundo.

doctos que aparecen en periódicos dedicados a la materia tales como *The Sherlock Holmes Journal*, sobre asuntos tales como dónde estuvo Holmes esos años en que se le suponía en el Tibet, o si estudió en la Universidad de Oxford o de Cambridge o en ambas. Hay por lo menos dos extensas biografías de Holmes. De igual interés es la producción incesante de novelas que hacen uso de Holmes. En años recientes yo he leído novelas en que Holmes asociado con Sigmund Freud soluciona crímenes en Viena, o resulta ser Jack el Destripador. En otra captura al Destripador, quien resulta ser el Primer Ministro. Una en que Mycroft Holmes, el hermano mayor de Sherlock, soluciona un caso y otra en que un actor de televisión, desempeñando el papel de Holmes en una serie, se cree Holmes y comienza a solucionar asesinatos; y también una serie de novelas basadas supuestamente en los diarios del Profesor Moriarty en que emerge ese enemigo principal de Holmes, presumiblemente fallecido en las Cataratas de Reichenbach y, en vez de estar muerto, ha vuelto a Londres para continuar su carrera malvada. Además, prácticamente todos los años aparecen una nueva película o programas de televisión relacionados en una u otra forma con Holmes. Desgraciadamente, todo esto, aunque divertido, ha pasado de la raya. Este engrandecimiento del mito de Sherlock Holmes tiende a oscurecer el real y apreciable logro de Conan Doyle. Lo que se necesita recordar hoy día es algo que debiera ser una norma indiscutible, pero que desgraciadamente no lo es, a saber: si uno tuviera que seleccionar los mejores veinte cuentos de detectives publicados, por lo menos la mitad serían de Conan Doyle.

¿De dónde proviene la atracción de Holmes y de sus cuentos? Al considerar este punto es importante recordar que como elemento subyacente de la sociedad de la Era Victoriana, con su apariencia de adhesión flemática al orden establecido, había una pasión por lo absoluto en creencia y comportamiento, el deseo de eliminar los errores y las impurezas por intermedio de alguna forma de gracia sobrenatural. La influencia de Nietzsche y Wagner era muy común y afectaba aun a esas personas que nunca habían oído hablar de Nietzsche. Parte del encanto de Holmes era que, en grado mayor que sus rivales posteriores, definitivamente era un hombre superior de la filosofía de Nietzsche. Era un gran alivio tener a favor un hombre de ese tipo. El es un tribunal supremo de apelaciones y la idea de que pudiera existir un tribunal de esa naturaleza, personificado por un individuo, era y sigue siendo un respaldo permanente para sus lectores.

El personaje del más grande de los Grandes Detectives, el hombre que, sin ser infalible, nunca se le ve fracasar, concuerda con esto. El viola muchas de las convenciones más apreciadas de su época. Toma drogas, sufre de ataques de depresión durante las cuales se acuesta en un sofá por días sin

hacer nada. En una época que admiraba sobre todo la adquisición de conocimientos, Holmes se enorgullece de lo mucho que no sabe. Su primer cuento corto, *Un escándalo en Bohemia*, establece claramente que no habrá ningún interés amoroso. Aunque Conan Doyle de ninguna manera era un misántropo o un misógeno, obviamente reconoció la necesidad de que Holmes fuera un hombre libre de todas las debilidades y pasiones humanas. Tanto Holmes como Watson están predispuestos por una buena causa a no hacer caso de la ley. En *Charles August Milverton* ven a una mujer disparar bala tras bala de su revólver en el cuerpo de un chantajista y después pulverizar su cara con el taco del zapato sin pensar que deben tomar medidas sobre el suceso. En *El Carbunclo Azul*, Holmes perdona un delito en la esperanza de que está salvando a un alma. Por otro lado, cuando la ley no puede hacer justicia, Holmes y Watson están dispuestos a actuar en su lugar.

La debilidad de muchos de los rivales de Holmes es que se anuncia su genio, pero esto no queda comprobado. Aquí Holmes es supremo. Nos



En el filme *Las aventuras de Sherlock Holmes*, en 1939, actuaron famosos artistas. Aquí aparecen Nigel Bruce, como el inepto Dr. Watson; y Basil Rathbone, como Sherlock Holmes.

enteramos acerca de los conocimientos especializados realmente extraordinarios de Holmes. Por ejemplo sus monografías sobre ciento cuarenta variedades diferentes de tabaco de pipa, puros y cigarillos; sobre el oído en relación con los Motetes Polifónicos de Lassus; su análisis de ciento sesenta claves y su habilidad para reconocer a simple vista la letra de imprenta de cualquier periódico. Es verdad que nos informan sobre estos estudios en vez de leerlos, pero pincelada por pincelada desarrollan el cuadro de un experto sumamente competente. Sin embargo, la afirmación hecha en *Un Estudio en Escarlata* de que por las uñas de una persona, las mangas de su chaqueta, por la rodilla de sus pantalones, por su zapato, por su expresión, por los puños de sus camisas —por cada una de estas cosas— se puede determinar el oficio de un hombre, una y otra vez queda claramente demostrado. En *El Carbunclo Azul*, de un sombrero viejo y estropeado, que no le dice nada a Watson, Holmes logra deducir que su propietario es un intelectual, alguna vez de buena situación económica, pero ahora pobre, descendiendo de nivel social probablemente debido a la influencia del alcohol y que su esposa ya no le ama. Holmes no solamente hace estas deducciones, sino que las explica en detalles convincentes. Por supuesto, es posible llegar a otras conclusiones y de vez en cuando Conan Doyle le permite a Holmes cometer un error, pero el placer que obtenemos al poder observar el funcionamiento de una máquina de precisión no debe ser subestimado.

Otros autores nos tratan de confundir con una conclusión derivada de un hecho inadvertido por el lector, mientras que Conan Doyle nos da una docena de deducciones, todas ellas aparentemente lógicas de acuerdo con los datos informados. Un ejemplo perfecto de esto, tomado de *La Llamada Plateada*, es quizás el trozo breve más famoso del diálogo holmesiano:

“Hay algún otro punto al que deseas llamar mi atención”  
“Al incidente curioso del perro en la noche”.  
“El perro no hizo nada durante la noche”.  
“Eso fue el incidente curioso”.

Aunque desconcertante a primera vista, la explicación es perfecta. El perro no había ladrado aunque alguien había entrado a los establos donde estaba de guardia y había sacado un caballo. El significado del incidente era que el intruso debía haber sido alguien bien conocido por el perro. En esto también vemos la honradez con que Conan Doyle siempre trataba a sus lectores. Se nos presentan a todos los datos que se necesitan para solucionar el caso, pero de tal manera que, por lo general, no podemos afrontar el desafío con nuestros poderes de raciocinio. Holmes, a diferencia de sus rivales, nunca

arriba a una conclusión que no esté basada en información presentada al lector en el cuento.

Al mismo tiempo, los cuentos de Holmes no son simples rompecabezas ingeniosos como los de muchos de sus contemporáneos. Conan Doyle era un buen narrador y lo que hace que volvamos a leerlos repetidamente es que son cuentos muy buenos. Prácticamente nunca se nos ofrece sólo un rompecabezas, sino más bien un cuento sobre personas tratadas brevemente pero con la complejidad de un rompecabezas. La habilidad con la cual se crea paso a paso la figura amenazante del Dr. Grimsby Roylott en *La Banda Moteada* es típica del peritaje con que se escribieron los mejores cuentos. Muchos cuentos, tales como *El Ritual de Musgrave*, se acercan más a las narraciones de aventuras que tanto le agradaban a Conan Doyle que a los rompecabezas que podríamos habernos configurado.

Por lo general los cuentos comienzan con la llegada de un cliente en dificultades, y frecuentemente la descripción de este hecho contiene un problema abstruso, interesante pero no necesariamente de orden criminal. Inmediatamente esto llama la atención del lector y aunque pareciera que todo buen escritor de cuentos de detectives debiera poder hacerlo, después de haber leído muchos cuentos, estoy seguro de que esto es por lo menos tan difícil como armar un rompecabezas valedero.

También nos complace constantemente la descripción del ambiente de la época que con toda razón ha sido muy halagada. El Londres de Holmes y Watson ha sido descrito por otros autores pero nunca con tanto acierto. Debemos recordar, sin embargo, que cuando Doyle escribió las primeras tres colecciones de cuentos cortos y tres de sus cuatro novelas, el ambiente que describía no era del pasado. Estaba escribiendo sobre el mundo que lo rodeaba y que su imaginación, de alguna manera, transformaba en algo siniestramente romántico. Siempre visualizamos al Londres de Holmes como si fuera constantemente oscuro y envuelto en niebla, pero cuando examinamos los cuentos vemos que sólo en dos de ellos se hace mención a la niebla. Quizás tiene algo que ver con el tono de los escritos de Conan Doyle o podría ser que está relacionado en cierta forma con las personalidades de Holmes y Watson. Las habitaciones en Baker Street están descritas en forma tan definida, con las sustancias químicas desparramadas en la mantequillera, tabaco de pipa en las zapatillas, cartas no contestadas clavadas en la chimenea con una navaja, las letras VR hechas con balazos en el muro opuesto al sillón de Holmes y la Sra. Hudson siempre dispuesta a traer otro plato de huevos con tocino o a mover el maniquí que Holmes ha colocado frente a la ventana para despistar a los atacantes, que este conjunto de elementos se difunde por todo el escenario.

Conan Doyle siempre atribuía la inspiración creadora de Holmes al ejemplo dado por la capacidad de deducción de uno de sus profesores en la Escuela de Medicina de la Universidad de Edimburgo, el Dr. Joseph Bell, quien asombraba a sus estudiantes por su facultad para descubrir los detalles más íntimos de las vidas de sus pacientes con sólo un examen de sus vestimentas y apariencia personal. Por supuesto, la apariencia física de Holmes, el cuerpo delgado, las manos blancas, largas y diestras y las espaldas encorvadas, fijadas en nuestras mentes por las ilustraciones originales de Sidney Paget en *The Strand Magazine*, es la del Dr. Bell, pero, en realidad, cuando Conan Doyle se sentaba a escribir un cuento de detective, ponía su mente en la del detective al igual que dotó al Dr. Watson con su propia apariencia física.

Es justo decir que a través de su detective de ficción fue uno de los inventores de la criminología científica. Después de todo, el primer gran libro de texto sobre criminología, *La Investigación Criminal*, de Hans Gross, no fue publicado hasta 1891. Para esa fecha dos novelas de Holmes habían aparecido, y en varias ocasiones encontramos en ellas que Holmes se ha anticipado a Gross. Conan Doyle, al sentarse a escribir, tenía que imaginar qué era lo que haría si él fuese un detective y entonces inventar un sistema. No hay por qué extrañarse del hecho de que el gobierno egipcio haya ordenado la traducción de los cuentos de Sherlock Holmes para distribuirlos en su servicio policial como libro de texto.

Conan Doyle no se limitó a jugar al detective solamente en su ficción. Intervino en varios casos reales en que creía que se había cometido un error judicial. En 1907 desenmarañó el caso de George Edalji, quien injustamente había sido convicto por el crimen de mutilación de caballos. No solamente comprobó su total inocencia, sino que descubrió a los verdaderos criminales. Como resultado de la campaña realizada por Conan Doyle se estableció en Inglaterra una Corte de Apelaciones. Más tarde Conan Doyle intervino en el caso de Oscar Slater. Slater había sido convicto de asesinato en Glasgow, sentenciado a la horca y después condenado a cadena perpetua. Conan Doyle investigó, descubrió bastantes pruebas que absolvieron a Slater y finalmente obtuvo su libertad. El caso Slater es un buen ejemplo de la honestidad y estimación por la justicia de Conan Doyle, ya que tomó el caso, no obstante la mala reputación y clase de vida inmoral del acusado, pues él creía que esto no tenía nada que ver con la inocencia o culpabilidad del hombre.

Sin embargo, Conan Doyle no era simplemente un detective aficionado y escritor de novelas policiales. Miembro de una distinguida familia irlandesa de artistas, Conan Doyle (1859-1930) era una de esas personas de dotes

múltiples cuyas vidas combinaban la literatura con la acción de una manera que raramente se produce. El tenía otras y, en su opinión, mejores pretensiones para ser considerado como un buen escritor, atribuyendo mucho más importancia a las novelas históricas que escribió. Cuando en 1890 terminó un libro y lanzó su pluma al otro lado de la sala con un grito de 'ya se acabó' no se refería a una novela de Holmes sino a *La Compañía de Blanco*, la novela histórica que siempre fue su favorita y que junto con *Micah Clarke* son consideradas como sus mejores obras de esta índole. La serie de cuentos cuya acción se realiza durante las Guerras Napoleónicas con el Brigadier Gerard como su personaje principal, tienen tanto brío y viveza, que se mantienen maravillosamente amenas, mientras que algunos de los otros libros reproducen el ambiente de época comparable con la de las obras de Sir Walter Scott. Sus dos libros basados en sus experiencias como médico joven, *Las Cartas de Stark Munro* y *Alrededor de la Lámpara Roja*, logran combinar el humor con lo patético con tanta pericia que el lector tiende a no fijarse en sus conclusiones penosas. Por otro lado, con su creación del Profesor Challenger, quien apareció en tres libros, el más famoso de los cuales es *El Mundo Perdido*, creó un personaje capaz casi de igualar a Holmes. Conan Doyle también escribió para el teatro con bastante éxito aunque su obra más excepcional, una opereta escrita en asociación con James Barrie, el creador de Peter Pan, no resultó un éxito.

Sus actividades como personaje público y controvertido no se limitaron a ayudar a personas acusadas de crímenes que no habían cometido. Participó en la mayoría de los debates políticos y sociales de su época. Recibió su nombramiento de Caballero en 1902 por su defensa en la prensa de la política británica en la Guerra Sudafricana y por sus servicios en esa guerra como médico en el frente de combate. En un artículo en la edición de julio de 1914 del *The Strand Magazine* él fue la primera persona en advertir sobre el peligro que la guerra submarina sin restricciones representaría para Gran Bretaña. Había de pasar sólo pocos meses para que se comprobara que las autoridades navales que habían entrado en la polémica en su contra se habían equivocado trágicamente, pues tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial el submarino fue el arma que casi doblegó a Gran Bretaña. Durante la Primera Guerra Mundial desarrolló métodos para transmitir información a prisioneros británicos en Alemania evadiendo los controles de la censura alemana. Cuando después de la Primera Guerra Mundial llegó a creer en el espiritismo, con su manera característica no sólo rehusó ocultar sus creencias, no obstante los ataques y las burlas a las cuales quedó expuesto, sino que las defendió abiertamente en libros, conferencias y en obras de ficción hasta el momento de su muerte.

“El arte en la sangre puede tomar formas muy extrañas”, dijo Holmes una vez. Indudablemente Conan Doyle estaba pensando en su propio linaje cuando escribió esas palabras y ciertamente durante su existencia vigorosa hizo muchas cosas que sorprendieron a sus amigos. En el transcurso de su carrera como médico, cazador de ballenas, atleta, escritor, especulador, dramaturgo, historiador, corresponsal de guerra y espiritista, su vida siempre fue un fiel reflejo del valor, la hidalguía y la sagacidad que era de esperarse del creador de Sherlock Holmes.

---

**NOTA:** Al cumplirse cien años, en 1987, desde que Conan Doyle comenzó a publicar sus historias policiales con el detective Sherlock Holmes, se han referido a este hecho escritores, sociólogos y comentaristas de todo el mundo. “Es una conmemoración universal, porque sus fanáticos se extienden desde Inglaterra hasta el Japón”, dijo Arturo Uslar Pietri, novelista y académico de Venezuela. “Su obra ha vivido con vitalidad inmarcesible”, expresó el académico y filósofo español Julián Marías, en Madrid.

Paul Lewis, en el *New York Times*, recordó que en el Castillo de Lucens, en Suiza, entre Lausana y Berna, se ha organizado otro museo con supuestas pertenencias de Sherlock Holmes y una reproducción de la sala de Baker Street. A una hora del lugar están las cataratas donde Sherlock casi fue muerto por el siniestro profesor Moriarty. Todas las habitaciones de este castillo fueron dispuestas por Adrian M. Conan Doyle, hijo del recordado escritor. Este nuevo museo fue inaugurado por Lady Jean Conan Doyle, hija de Sir Arthur, agregándole numerosos objetos que pertenecieron a su padre.

A su vez, Jean Dutourd, de la Academia Francesa, sostiene que Conan Doyle es caso único en la literatura universal, por su inventiva y su imaginación, en relatos “muy bien estructurados”. En Inglaterra se realizaron numerosas celebraciones conmemorativas del centenario de Sherlock Holmes. Con el título de *Sherlock Holmes, a centenary celebration*, Allen Eyles publicó un hermoso libro ilustrado profusamente con facsímiles de portadas de las revistas que publicaron los primeros cuentos de Conan Doyle y fotografías de todos los filmes y actores cinematográficos que han interpretado al ya legendario detective de ficción y que sus admiradores convirtieron en un ser real (John Murray (Publishers) Ltd. Impreso en Italia por New Interlitho SPA, Milán, 1976).